

SINTESIS CRITICA DE LA BATALLA DE TALAVERA

por JUAN PRIEGO LOPEZ

Coronel de Estado Mayor del Servicio Histórico Militar

Antecedentes:

Después del reembarque en La Coruña de las tropas de sir John Moore —que, como es sabido, murió en la batalla librada del 15 al 16 de enero de 1809, en Elviña, con el fin de ganar el tiempo necesario para lograr que tal reembarque se lograra—, no quedaban en la Península otras fuerzas británicas de alguna importancia sino la débil guarnición del general Cradock (unos 10.000 hombres), que apenas bastaba a guarnecer la ciudad de Lisboa y la desembocadura del Tajo.

Napoleón trató de aprovechar la situación para ocupar definitivamente Portugal, mediante una operación combinada que efectuarían las fuerzas del mariscal Soult, invadiendo aquel reino por el norte desde Galicia, y las del mariscal Víctor, que penetrarían a su vez por el Alentejo, ocupando el territorio lusitano al sur del Tajo. Un destacamento intermedio, mandado por el general Lapisse, operaría, a su vez, desde Salamanca, sobre Abrantes, para ligar ambas acciones.

En ausencia del emperador francés —que combatía entonces contra el ejército austríaco del archiduque Carlos—, la dirección de las operaciones de la Península Ibérica quedó confiada al rey José Napoleón, bajo el asesoramiento de su jefe de Estado Mayor, mariscal Jourdan. Pero los jefes de los distintos cuerpos franceses en España no se sujetaron de buen grado a las directivas de José y tendieron a actuar por su propia iniciativa.

De este modo, el cuerpo de Soult invadió el norte de Portugal y ocupó Oporto (19 de febrero 29 de marzo); pero se detuvo a orillas del Duero, so pretexto de sofocar la insurrección lusitana, que había retoñado a sus espaldas.

Por su parte, el cuerpo de Víctor cruzó el Tajo y alcanzó la cuenca del Guadiana, venciendo al ejército español de Extremadura en la batalla de Medellín (28 de marzo). Pero la falta de abastecimien-

to le obligó a detener su marcha. Las mismas causas impidieron el avance de la división Lapisse desde Salamanca a Abrantes, por lo que dicho general optó por incorporarse a Víctor, atravesando la Sierra de Gata por el puerto de Perales, y el Tajo por el puente de Alcántara.

Mientras tanto, el 22 de abril, había desembarcado en Lisboa una nueva expedición inglesa mandada por sir Arthur Wellesley. Este logró reunir así unos 25.000 soldados británicos, que unidos a los 16.000 hombres del ejército portugués, reorganizado por el general Beresford, le permitían actuar con ventaja sobre los dos cuerpos franceses de Soult y de Víctor, separados por centenares de kilómetros.

Wellesley se dirigió primero contra Soult, al que sorprendió con sus fuerzas divididas, obligándole a retirarse en desorden a Galicia por caminos extraviados, en los que tuvo que dejar abandonados su artillería y equipajes (12 al 23 de mayo). Una vez efectuado lo cual, el general británico decidió trasladarse a la cuenca del Tajo, para derrotar a su vez a las fuerzas del mariscal Víctor, actuando para ello en combinación con el ejército español de *Extremadura*, compuesto de unos 33.000 hombres, bajo el mando del general Cuesta.

A tal fin, Wellesley concentró en Abrantes la mayor parte de sus fuerzas (divisiones de infantería Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell, y la de caballería del general Payne), con un total de 20.641 hombres y 30 piezas de artillería; emprendiendo el 27 de junio la marcha hacia la frontera española.

Para entonces, el mariscal Víctor, sintiéndose demasiado aislado en Extremadura, se había retirado a Talavera de la Reina con sus tres divisiones de infantería (Ruffin, Lapisse y Villatte) y la de caballería de Latour-Maubourg; unos 22.000 hombres, en total.

El ejército británico entró en España por Zarza la Mayor, y se estableció en Plasencia el 8 de julio. El 10, Wellesley y Cuesta, se entrevistaron en Casas del Puerto de Miravete y convinieron en el siguiente plan de operaciones:

Mientras el ejército español de la Mancha, que constaba de unos 26.000 hombres, mandados por el general Venegas, efectuaba demostraciones sobre Toledo y Madrid, para entretener al cuerpo francés del general Sebastiani y, a la reserva de que disponía del rey José, con el fin de evitar que acudieran en auxilio del cuerpo de Víctor, éste sería atacado por las fuerzas reunidas de Wellesley y Cuesta, que sumaban en junto unos 53.000 hombres o sea, más del doble de las que se hallaban al mando del citado mariscal, con lo que esperaban aplastarlas bajo el peso de su superioridad numérica.

El 20 de julio, las fuerzas de Wellesley y Cuesta se reunieron en Oropesa y emprendieron la marcha sobre Talavera. Pero, ante la aproximación de las fuerzas enemigas, el mariscal francés rehuyó

el combate, evacuando la ciudad y retirando sus tropas tras la línea del Alberche.

El día 23 Wellesley propuso a Cuesta atacar al enemigo para desalojarlo de sus posiciones; mas el general español pidió que el ataque se aplazara por veinticuatro horas, con objeto de abastecer sus tropas y comprobar si los vados y el puente del Alberche eran practicables, especialmente para el paso de la artillería.

El general británico accedió al aplazamiento; pero el 24 por la mañana se pudo comprobar que durante la noche anterior los franceses habían levantado el campo, retirándose en las direcciones de Madrid y Toledo, sin que pudieran ser alcanzados por llevar ya demasiada delantera.

Cuesta se obstinó, sin embargo, en perseguirlos, contra la opinión de Wellesley, que alegando su escasez de abastecimientos y de medios de transporte, decidió permanecer en la línea del Alberche.

El Ejército español de Extremadura avanzó, pues, solo, en las direcciones de Santa Olalla y de Torrijos; pero no tardó en tropezar con fuerzas enemigas, cada vez más numerosas, que refrenaron su ímpetu.

En efecto, las fuerzas del general Venegas, ateniéndose a las órdenes de la Junta Central, que les exhortaba a cooperar a las operaciones del ejército de Cuesta, pero *sin comprometerse*, avanzaron sobre Toledo y Aranjuez con extraordinaria parsimonia; permitiendo así al general Sebastiani reforzar el cuerpo de Víctor con la casi totalidad de su gente, y al rey José acudir también en auxilio del citado cuerpo con las tropas de su guardia y la mitad de sus reservas. De esta manera, hacia el 25 de julio, los franceses habían logrado reunir a orillas del Guadarrama y en las cercanías de Toledo una masa de unos 46.000 hombres.

Por otra parte, el rey José se había puesto de acuerdo con el mariscal Soult, que después de evacuar Galicia, había logrado reunir en la región de Salamanca los cuerpos de ejército franceses 2.º, 5.º y 6.º, con un total de 50.000 hombres, para que avanzase con esta masa de tropas por el puerto de Baños y Plasencia sobre la retaguardia de las fuerzas de Wellesley y Cuesta que operaban en el valle del Tajo.

A tal fin, hubiera resultado conveniente que la agrupación de tropas francesas, bajo el mando directo de José, se mantuviese a la defensiva sobre la línea del Guadarrama, para dar tiempo a que las de Soult efectuasen su maniobra de envolvimiento. Pero el mariscal Víctor, al ver a los españoles aislados frente a él en la región de Torrijos, no resistió la tentación de pasar a la ofensiva, y el día 26 lanzó sobre ellos su numerosa caballería que arrolló en Alcabón a la vanguardia española.

El ejército de Cuesta se vio obligado así a retroceder en desorden a la línea del Alberche; siendo protegida su retirada por las tro-

pas de Wellesley, que envió las divisiones de Sherbrooke y Mackenzie a la orilla izquierda del río.

La caballería francesa, no seguida de cerca por su infantería, desistió muy pronto de perseguir a los españoles, que permanecieron hasta el día siguiente a la izquierda del Alberche. En la mañana del 27, las tropas de Cuesta se retiraron a la orilla derecha por el puente de la carretera general, y hacia el mediodía lo efectuaron, a su vez, las divisiones británicas de Sherbrooke y Mackenzie, por los vados que se encuentran frente a la Casa de Salinas.

La retirada de las fuerzas de Mackenzie fue seguida muy de cerca por la infantería francesa de la división Lapisse, que logró cruzar el río por un vado situado más al norte. El propio Wellesley, que vigilaba el paso de sus tropas, estuvo a punto de caer prisionero, y se salvó únicamente, gracias a la ligereza de su caballo. Pero dos batallones de la brigada Donkin sufrieron en poco tiempo más de 400 bajas, y sólo consiguieron replegarse en buen orden bajo la protección de los restantes batallones de Mackenzie, que se mantuvieron firmes.

Descripción del terreno y despliegue de contendientes.

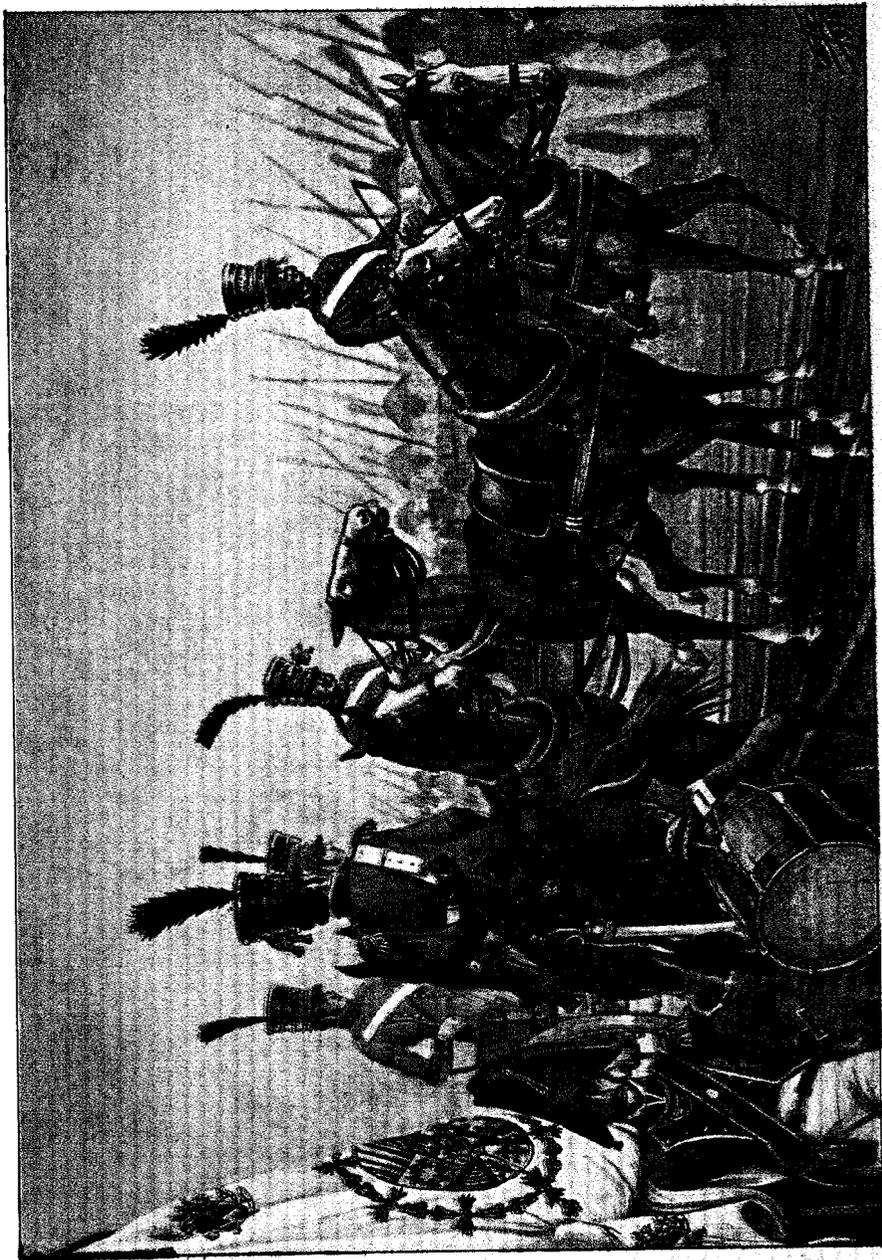
La posición elegida por sir Arthur Wellesley para aguantar la embestida enemiga se apoyaba, por su derecha, en la ciudad de Talavera, y por su izquierda, en el cerro de Medellín, que se eleva a unos tres kilómetros al noroeste de la misma y domina por completo la llanura que se extiende a sus pies.

Dicha llanura está cruzada de norte a sur por un arroyo denominado el Portiña, de muy escaso caudal en el verano, que desembocaba en el Tajo a través del caserío de Talavera. El cauce del citado arroyo forma un profundo barranco al atravesar entre el cerro de Medellín y otro de menor elevación, que se alza más al este y se denomina cerro de cascajal. Pero, al penetrar en la llanura, su cauce se ensancha y se hace más somero, dejando de constituir un obstáculo de importancia.

A causa de lo cual, por aquella parte, la línea de combate aliada, se hallaba establecida a caballo del arroyo, y, aún en su extrema derecha, lo rebasaba ampliamente hacia el este.

Las fuerzas de dicho bando se encontraban, efectivamente, distribuidas del siguiente modo:

El ejército español de Extremadura, mandado por el general Cuesta, se extendía desde la ermita de Nuestra Señora del Prado, en la salida oriental de Talavera por la carretera general de Madrid, al paraje de Vergara, situado en una pequeña eminencia al E. de Portiña, donde los ingleses habían comenzado a construir una batería para diez piezas con objeto de dominar el terreno que se descubría a su frente. Otra gran batería había sido construida por los españoles a van-



Abanderado y tambor del Regimiento de Infantería de Campo Mayor y tren de Artillería a caballo.

guardia de la ermita de la Virgen del Prado con objeto de impedir al enemigo el acceso directo a la ciudad. Detrás de esta batería y para sostenerla, se encontraban la vanguardia y la 1.ª división españolas, con una brigada de caballería de la división del general Henestrosa. La 2.ª división española (general Iglesias), se hallaba encargada de defender el caserío de Talavera y las huertas y cercados que lo rodean; y la orilla izquierda del Portiña hasta el Pajar de Vergara se encontraba cubierta por las 3.ª y 4.ª divisiones españolas (generales marqués de Portago y don Rafael Manglano), con la restante brigada de caballería del general Henestrosa. En reserva y en la orilla derecha del mismo arroyo, se hallaban dispuestas la 5.ª División española (general Bassecourt) y la división de caballería del duque de Alburquerque.

El pajar de Vergara constituía el eslabón de enlace entre las posiciones españolas y británicas. En la extrema derecha de estas últimas se encontraba desplegada la 4.ª división (Alexander Campbell), con su primera brigada en línea, y la segunda, en reserva, a continuación se alineaba la 1.ª división (Sherbrooke), con la brigada de Guardias, la de Cameron, y las dos brigadas Langwerth y Low de la *King's German Legion* (K. G. L.); situadas todas ellas en primera línea, y ocupando las dos últimas la falda meridional y el escalón más bajo del cerro de Medellín. En su parte más elevada, la defensa de esta posición clave, le estaba encomendada a la 2.ª División inglesa, mandada por el general Sir Rowland Hill.

Como sostén de esta primera línea, Wellesley situó la brigada Cotton de Dragones ligeros detrás de la división Campbell; tres batallones de la División Mackenzie detrás de la brigada de Guardias; las brigadas de caballería Anson (de Dragones ligeros) y Fane (de Dragones pesados), detrás de la brigada Cameron, y la brigada de infantería Dakin detrás de la de Langwerth.

Por su parte, la artillería británica se hallaba mandada por el brigadier-general Howorth y constaba de cinco compañías, que fueron distribuidas en la siguiente forma: 7.ª del 8.º batallón, mandada por el capitán Lawson, con seis piezas de a tres libras, en el pajar de Vergara; 2.ª del primer batallón, a las órdenes del capitán Elliott, con seis piezas ligeras de a seis libras, delante de la brigada de Guardias; 4.ª de la K. G. L., capitán Heyse, con seis piezas ligeras de a seis, delante de la brigada Langwerth; 2.ª de la K. G. L., capitán Rettberg, con seis piezas pesadas de a seis, en lo alto del cerro de Medellín, a disposición del general Hill; y, por último, la 6.ª del 7.º batallón, bajo el mando del capitán Sillery, con seis piezas ligeras de a seis, quedó situada provisionalmente en reserva, detrás de la brigada Cameron.

Frente a la línea de combate aliada se fueron alineando las tropas francesas, a medida que cruzaban el Alberche. En vanguardia marchaban el primer cuerpo de ejército (mariscal Victor), con sus tres divisiones Ruffin, Villatte y Lapisse. La primera se apresuró a ocu-

BATALLA DE TALAVERA.

De 3 a 5 de la tarde del 28 Julio 1809.

- * A. BATERIA DE RETTBERG. C. BATERIA DE ELLIOTT. *
- B. BATERIA DE HEYSE. D. BATERIA DE SILLERY.
- E. BATERIA DE LAWSON. G. BATERIA DE UCLES.

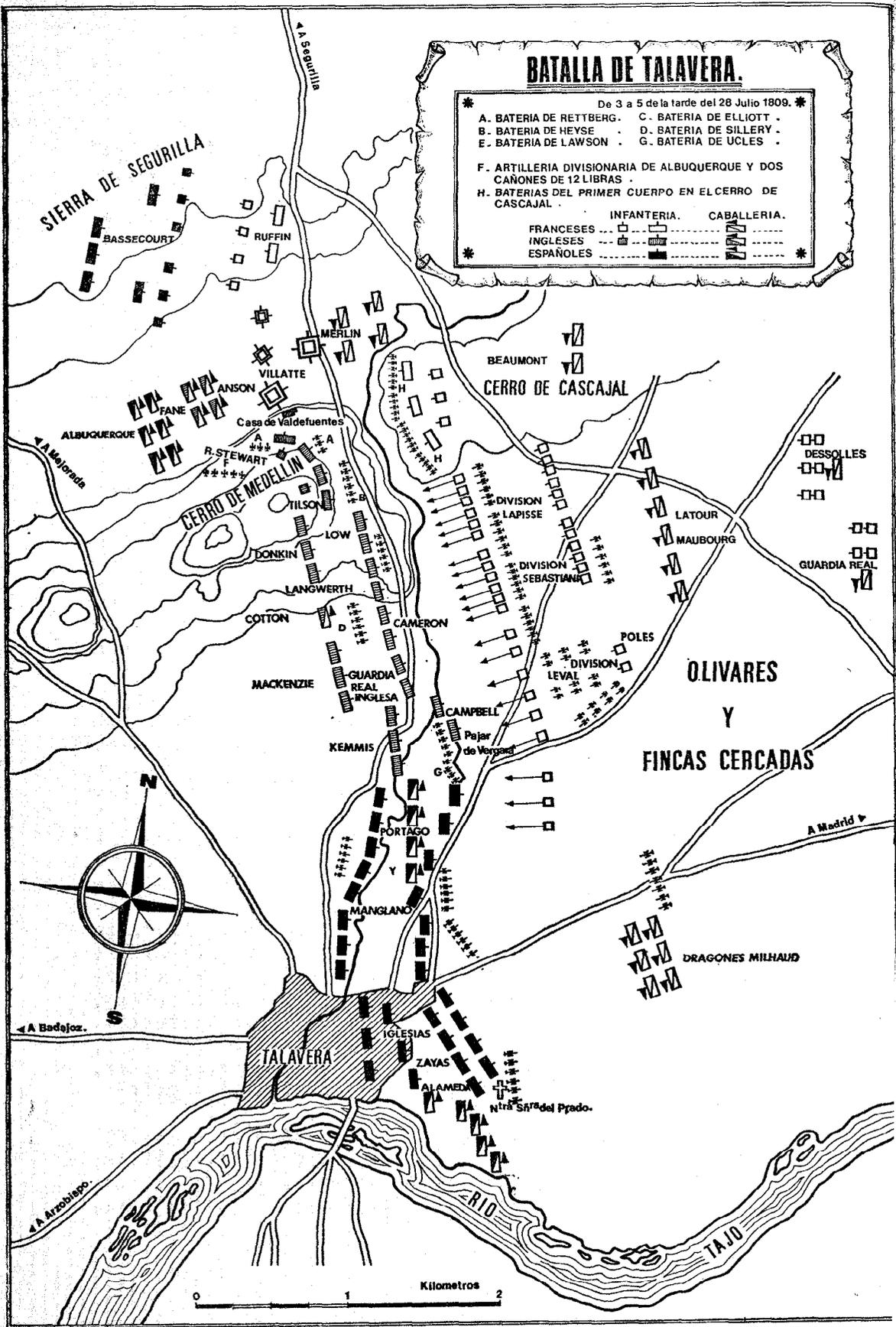
F. ARTILLERIA DIVISIONARIA DE ALBUQUERQUE Y DOS CAÑONES DE 12 LIBRAS.

H. BATERIAS DEL PRIMER CUERPO EN EL CERRO DE CASCAJAL.

INFANTERIA. CABALLERIA.

FRANCESES INGLESES ESPAÑOLES

FRANCESES INGLESES ESPAÑOLES



El combate principal de la batalla de Talavera.—De tres a cinco de la tarde del 28 julio 1809 los tres ataques franceses no fueron simultáneos, como aquí figura. El de Laval se produjo a las 14,30 h.; el de Lapisse y Sebastiani, a las 15,00 h., y el de Ruffin y Villalatte a las 16,00 h. o un poco después.

par el cerro de Cascajal, y las dos siguientes se situaron en las vertientes meridionales del mismo.

A continuación marchaban la divisiones de caballería de Latour-Maubourg Merlin y Milhaud que avanzaron impetuosamente sobre las tropas españolas desplegadas entre el pajar de Vergara y el case-río de Talavera.

Serían sobre las siete de la tarde y ya comenzaba a oscurecer, cuando aquella gran masa de jinetes franceses, sostenida por el certero fuego de su artillería a caballo, se adelantó amenazadora hacia nuestros batallones de la 3.^a y 4.^a divisiones. A pesar de que el enemigo se hallaba todavía a más de media milla y fuera, por tanto, del alcance eficaz de los fusiles de entonces, nuestros soldados le recibieron con una descarga general, cuyo estruendo causó espanto en algunas unidades bisoñas (batallones de Badajoz, leales de Fernando VII e Imperial de Toledo), que se declararon en fuga.

El general Cuesta con alguna fuerza de caballería acudió a poner orden e hizo volver a su puesto a la mayoría de los fugitivos; pero algunos centenares de éstos continuaron huyendo precipitadamente, arrastrando con ellos a parte de los soldados ingleses, que a retaguardia, custodiaban los bagajes, no pudieron ser detenidos unos y otros hasta la mañana siguiente en Oropesa a treinta y dos kilómetros del campo de batalla.

Afortunadamente, la caballería francesa —que sólo trataba de proteger el despliegue de su infantería— no se aprovechó del incidente para forzar nuestras líneas.

Mientras tanto, había anochecido y todo hacía presagiar que el combate ya no se reanudaría hasta la mañana siguiente. Pero el mariscal Víctor que conocía perfectamente el campo de batalla, por haber acampado allí con anterioridad durante largo tiempo, decidió efectuar un ataque nocturno para apoderarse por sorpresa del cerro de Medellín, clave de la posición enemiga, cuya pérdida obligaría al ejército aliado a abandonarla y retirarse en desorden al sur del Tajo, por el puente de Talavera, único que se encontraba a su alcance.

Principales incidencias de la lucha.

La batalla de Talavera se inició, pues, a las nueve de la noche del 27 de julio, por iniciativa del mariscal Víctor, que sin contar para nada con el rey José y con el general Sebastiani, cuyas tropas no habían terminado aún de cruzar el Alberche, ordenó al general Ruffin que atacase el cerro de Medellín con sus tres regimientos.

A tal efecto, el 9.^o ligero atacaría la posición de frente, mientras que el 24 y el 96 de línea le rodearían, respectivamente, por la derecha y por la izquierda. Los ingleses —no esperando combatir hasta la mañana siguiente— se hallaban descuidados. En las laderas orientales del cerro de Medellín vivaqueaban las brigadas Low y Langwerth

de la K. G. L., protegidas tan sólo por algunos puestos avanzados. Y en lo alto del cerro, la división Hill vivaqueaba también, media milla a retaguardia de su puesto de combate.

El 9.º ligero francés logró cruzar así fácilmente el barranco del Portiña y sorprender a la brigada Low, a la que ocasionó en poco tiempo gran cantidad de bajas, tanto en muertos y heridos como en prisioneros. Los asaltantes no tardaron, pues, en alcanzar la cumbre del cerro de Medellín.

En este momento, el general Hill, alarmado por el violento fuego de fusilería y creyendo que se trataba de algún desorden promovido por sus mismos soldados, se dirigió a caballo a la citada cumbre, seguido tan sólo de su ayudante, dispuesto a imponer su autoridad; cuando, de pronto, se encontró rodeado de enemigos, que hicieron fuego sobre él, matando a su ayudante e hiriendo el caballo del general, que logró, sin embargo, huir.

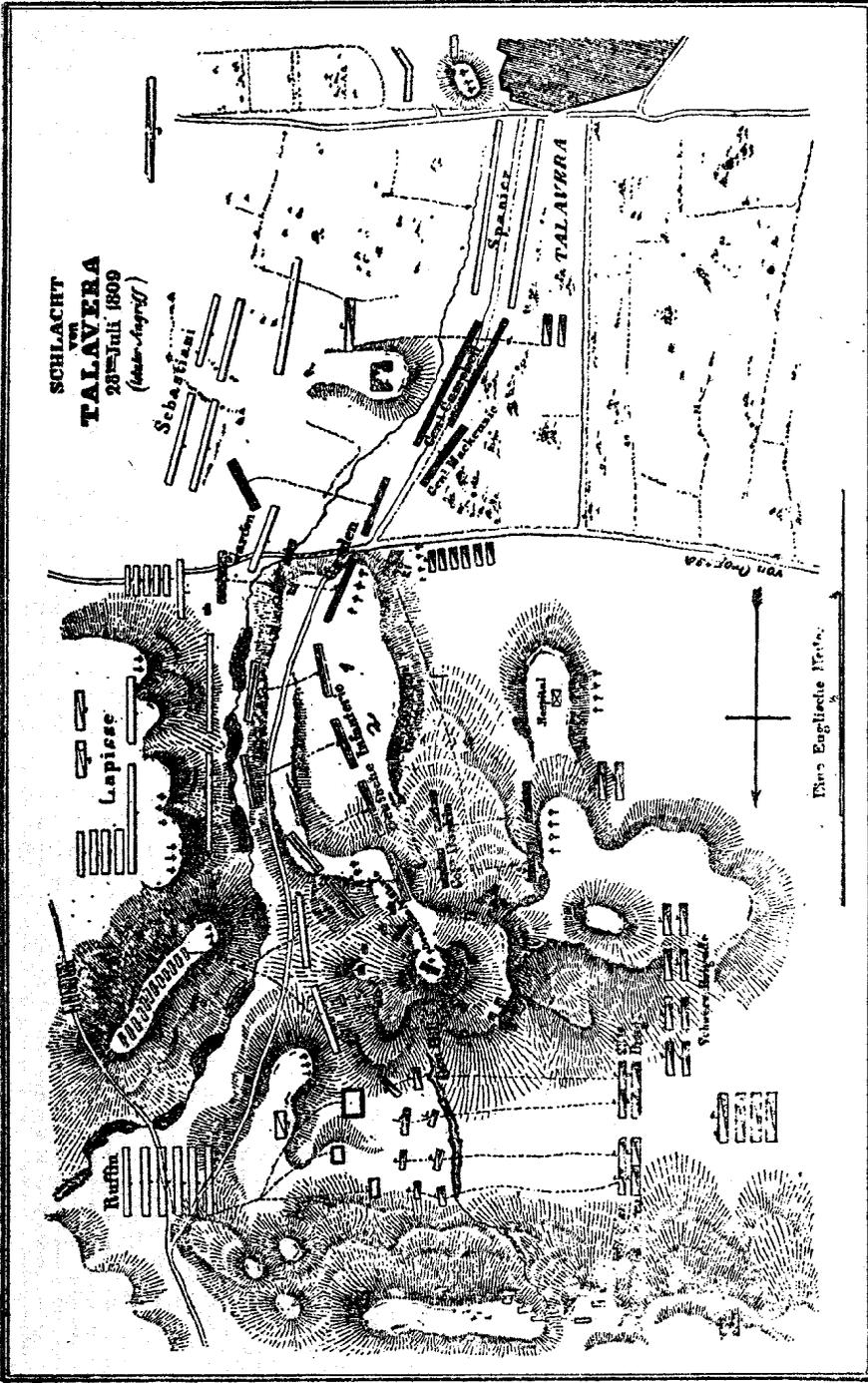
Hill puso inmediatamente sobre las armas sus dos brigadas Stewart y Tilson, que se lanzaron a un violento contraataque para recuperar la cumbre del cerro. Afortunadamente para los británicos, las indicadas brigadas sólo tuvieron que habérselas con el 9.º ligero francés, pues los otros dos regimientos de la división Ruffin se habían extraviado en la oscuridad y no habían llegado siquiera a escalar el cerro. Aplastada bajo el peso de la superioridad numérica de sus contrarios, la citada unidad se vio obligada a abandonar las posiciones conquistadas y a retroceder en desorden a su base de partida, después de perder más de 300 hombres.

El imprudente ataque nocturno realizado por el mariscal Víctor sobre el cerro de Medellín fracasó así rotundamente; perdiéndose con ello toda esperanza de sorprender de nuevo al enemigo; pues éste permaneció el resto de la noche sobre las armas, dispuesto a rechazar cualquier otra tentativa de los franceses.

Víctor insistió, sin embargo, en repetir el ataque a la mañana siguiente, a pesar de que el rey José y su asesor, el mariscal Jordan, se mostraban partidarios de replegarse detrás del Alberche para dar tiempo a que Soult desembocase por el puerto de Baños sobre la retaguardia del enemigo.

Víctor desplegó de nuevo para ello, la división Ruffin, con el 9.º ligero, a la derecha; el 24 de línea, en el centro, y el 96, a la izquierda. Únicamente, se preocupó esta vez de preparar concienzudamente el ataque, con el fuego de más de cincuenta piezas de artillería, asentadas en el cerro del Cascajal; fuego al que Wellesley sólo pudo responder con el de cuatro baterías: la de Rettberg, asentada en el extremo septentrional del cerro de Medellín; la de Sillery, en la falda meridional del mismo, delante de la brigada Donkin; y las de Heyse y Elliott de las brigadas Low y Langwerth de la división Sherbrooke.

Para librar en lo posible a las tropas de la división Hill de los



Plano alemán de la batalla de Talavera publicado en 1882, que la embajada alemana facilitó para su reproducción en el Album del Centenario de la batalla. Talavera. julio de 1809.

efectos de la artillería enemiga, Wellesley, que dirigía el combate desde el cerro de Medellín, las mantuvo todo el tiempo posible detrás de la cresta del mismo. Pero, así y todo, el fuego de los cañones franceses ocasionó grandes estragos en las filas británicas.

A las cinco de la mañana del 28 de julio, Víctor dio la señal de ataque a los nueve batallones de la división Ruffin, que protegidos por el fuego de su artillería avanzaron en columna cerrada, transpusieron el barranco del Portiña y ascendieron por las pendientes orientales del cerro de Medellín, hasta llegar a un centenar de metros de las líneas inglesas; momento en que los cañones franceses dejaron de disparar para no causar daños en las filas propias. En este momento, los seis batallones de Hill formados en línea surgieron de detrás de la cresta y recibieron a los asaltantes con una descarga cerrada que produjo entre ellos una gran mortandad y les obligó a detenerse. Inmediatamente, y antes que tuvieran tiempo de reaccionar, se vieron contraatacados, de frente, por la división Hill, y de flanco, por la brigada Low, que los rechazaron en breve tiempo, al otro lado del Portiña.

El segundo asalto francés al cerro de Medellín había fracasado también, con severas pérdidas para los asaltantes, que sufrieron esta vez unas 1.300 bajas. Las de los ingleses, aunque menores, fueron igualmente muy elevadas, ascendiendo a 750 hombres, entre los que se contaba el general Hill, que resultó herido en la cabeza.

Durante el resto de la mañana del 28, se produjo una tregua tácita entre ambos contendientes, que bajaron por turno al lecho del Portiña para proveerse de agua y retirar sus heridos.

Aprovechándose de lo cual, los principales mandos franceses se reunieron en el cerro de Cascajal para decidir el plan que convenía seguir en vista de las circunstancias. El rey José y el mariscal Jourdan opinaban que convenía desistir de todo nuevo ataque y retirarse a la línea del Alberche, en espera de que las tropas de Soult desembocaran por el puerto de Baños sobre la retaguardia aliada; pero el mariscal Víctor estaba convencido de que un nuevo ataque tendría éxito, con tal de que se efectuase esta vez con la totalidad de las fuerzas francesas y no se circunscribiera al cerro de Medellín, con objeto de distraer la atención del enemigo de tan importante punto.

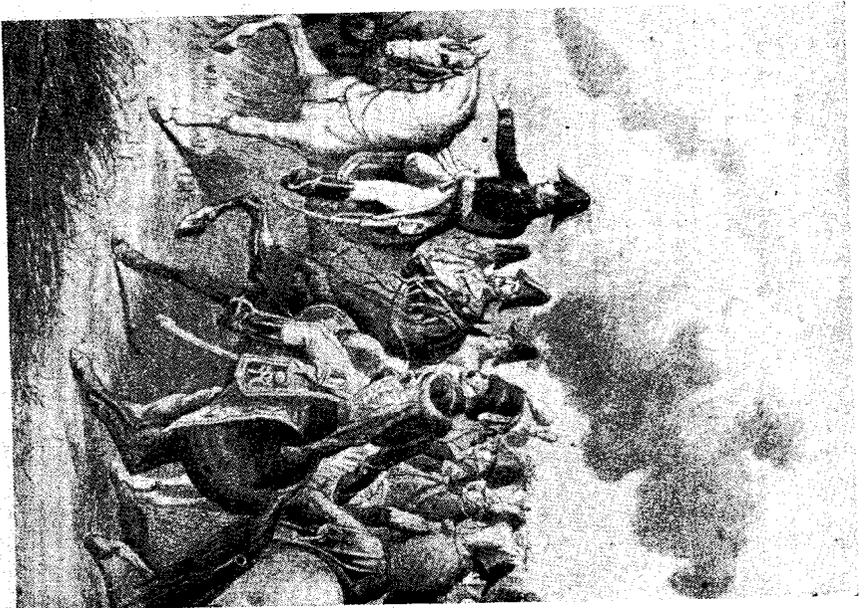
Su opinión acabó, al fin, por prevalecer, y, en consecuencia, el plan francés para este ataque definitivo, quedó perfilado del siguiente modo: la división alemana del general Leval efectuaría una demostración sobre el pajar de Vergara; las divisiones francesas de Sebastiani y Lapisse amenazarían, a su vez, el centro aliado; mientras una brigada de la división Villatte permanecía en el cerro de Cascajal para fijar a las numerosas fuerzas inglesas que defendían el Medellín, y la otra brigada de la misma división, en unión de los restos de la de Ruffin y los jinetes de Merlin, rodearían aquella posición clave por el norte utilizando el collado que se abre entre el citado cerro y la vecina sierra de Segurilla. Por su parte, la división de

Dragones del general Milhau se limitaría a observar la línea española al sur del pajar de Vergara, que no sería atacada.

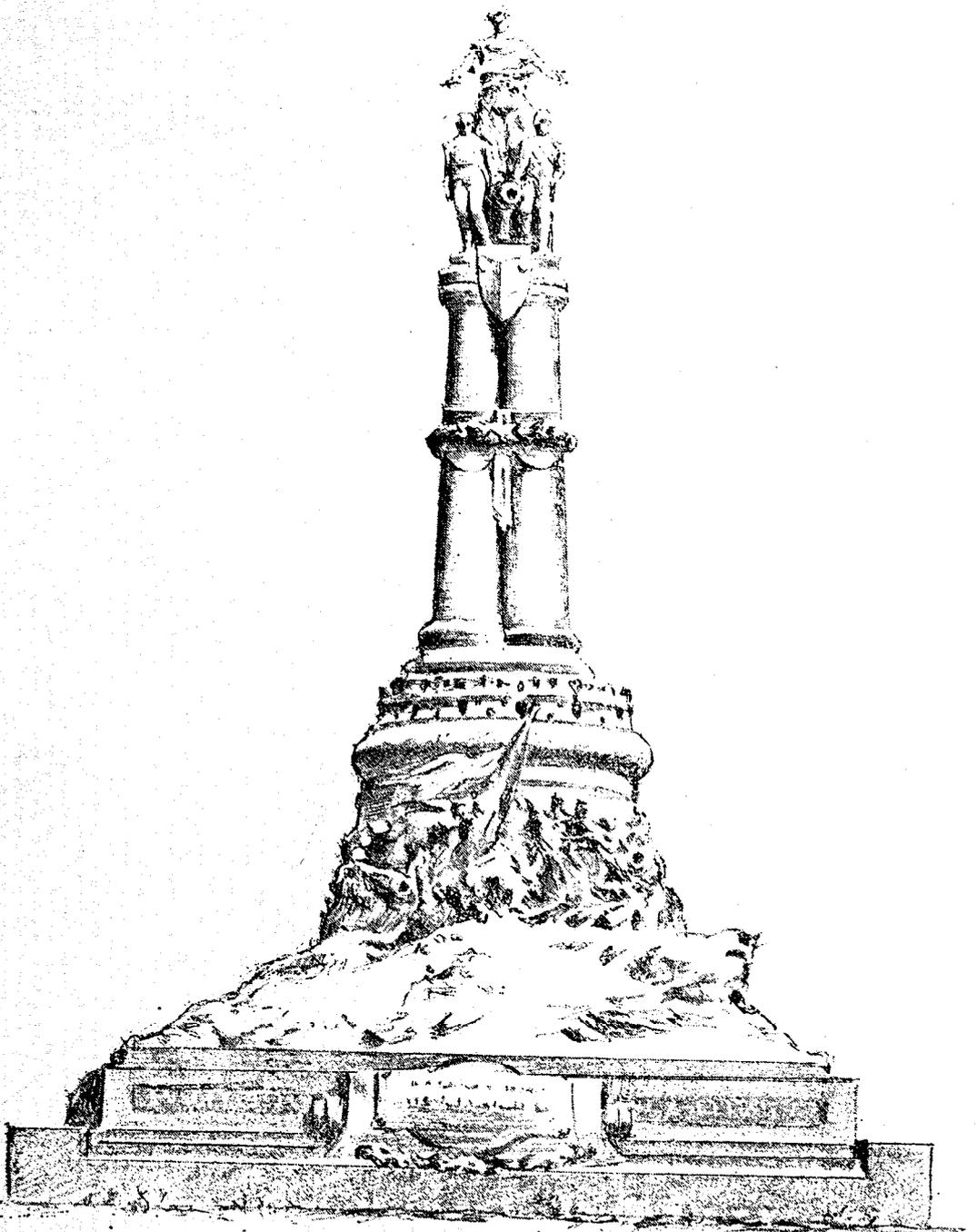
Los movimientos de fuerzas necesarios para la realización de este plan no pasaron, sin embargo, inadvertidos para el general Wellesley, que contemplaba el campo de batalla desde el excelente observatorio que constituía el cerro de Medellín, y se dio perfecta cuenta de la maniobra desbordante que iba a ejecutar el enemigo por el norte del mismo. Para contrarrestarla, ordenó, por lo pronto, que media batería del capitán Rettberg se trasladase más al oeste para batir de flanco a las tropas francesas que intentasen avanzar por el collado entre el cerro y la sierra de Segurilla. Para contener dicho avance envió hacia allí la brigada de Dragones ligeros del general Anson y la brigada de Dragones pesados del general Fane. No satisfecho con ello pidió también el auxilio del general Cuesta, que, no viendo amenazadas sus tropas de una manera inmediata, puso a disposición de sus aliados, su 5.^a división de infantería (general Bassecourt) y la de caballería del duque de Alburquerque, junto con dos piezas de a 12 libras, que pasaron a reforzar la media batería del capitán Rettberg de que antes hemos hablado. Otras cuatro piezas españolas de a 12, mandadas por el capitán Uclés quedaron asentadas en el pajar de Vergara, junto a las seis inglesas del capitán Lawson.

La acción fue iniciada a las dos y media de la tarde del 28 por la División alemana del general Leval, que avanzó sobre el pajar de Vergara a través de un extenso olivar que dificultaba extraordinariamente la visibilidad y dificultaba la marcha de sus columnas. Estas llegaron así desordenadas frente al indicado pajar, donde fueron acogidas por una descarga de metralla de la batería allí establecida. A continuación, las columnas de Leval fueron contraatacadas por la división inglesa del general Campbell y por nuestro regimiento de caballería del Rey, mandado por el coronel Lastres, que les hicieron retroceder apresuradamente, abandonando diecisiete piezas de artillería, que habían adelantado demasiado y no pudieron retirar a tiempo.

Poco tiempo después, las divisiones de Sebastiani y Lapisse chocaban contra el centro aliado defendido por las tropas del general Sherbrooke. Estas rechazaron también brillantemente el primer ataque francés y contraatacaron a continuación, con tanto ímpetu, que la brigada de Guardias y la del general Langwerth (del K. G. L.) penetraron a fondo en el dispositivo enemigo. Este imprudente avance estuvo a punto de resultar fatal para ambas brigadas, que se vieron rodeadas por las reservas francesas y cargadas por la caballería de Latour-Maubourg. El centro aliado quedó así roto por un momento, y para restablecer la situación, el general Wellesley, hubo de echar mano de la brigada de Dragones ligeros del general Cotton, de la división del general Mackenzie y del primer batallón del 48 Regimiento (coronel Donnellan), que descendió para ello del cerro de



Un momento de la batalla de Talavera y Wellington con su Estado Mayor en combate. (Grabado de *El Mundo Militar* n.º 53 de 10 de julio de 1909).



Rubalcaba

Apunte del anteproyecto del monumento a los héroes de la batalla de Talavera, para erigirse en dicha ciudad, encomendado al escultor Julio G. Pola. Figuran en él las estatuas de los generales Wellington y Cuesta coronados por una alegoría de la Gloria. En la corona mural de la base van inscritos los nombres de los ejércitos que allí combatieron. (Del *Album del Centenario de la batalla de Talavera*.)

Medellín. En la cruenta y porfiada lucha que se siguió, murieron, por la parte inglesa, los generales Mackenzie y Langwerth, y por parte francesa, el general Lapsisse, junto con multitud de jefes, oficiales y tropa, de uno y otro bando. Pero, en definitiva, el ataque francés fue rechazado también por esta parte, y las líneas inglesas quedaron restablecidas.

Queda todavía por reseñar el combate que se produjo al norte del cerro de Medellín, en el estrecho valle que separa a éste de la sierra de Segurilla. La lucha por esta parte comenzó sobre las cuatro de la tarde, cuando ya se hallaba decidida en los sectores del centro y de la izquierda.

Los franceses avanzaron por allí en un extenso frente, con los batallones de Ruffin faldeando por su derecha la sierra de Segurilla, y los de la 1.ª brigada de la división Villatte (27 y 63 de línea), por el fondo del valle en dirección de la casa de Valdefuentes.

Estas tropas no esperaban tropezar en su maniobra desbordante con ninguna fuerza enemiga de importancia. Pero su sorpresa fue grande al descubrir los batallones españoles de la división Bassecourt encaramados también en las faldas de la sierra, y con los nutridos escuadrones de Anson, Fane y Alburquerque esperándoles en el llano, mientras los fuegos de los cañones de Rettberg, reforzados por piezas españolas de a 12, los molestaban de flanco.

Por otra parte, Wellesley tranquilizado ya por el resultado ventajoso de los combates librados en su centro y derecha, ordenó a la brigada Anson que cargara sobre los infantes franceses de Ruffin y Villatte.

En cumplimiento de dicha orden la citada brigada, con el 23 de Dragones ligeros a la derecha y el 1.º de Dragones ligeros de la K. G. L., a la izquierda, se lanzó impetuosamente sobre el enemigo. Para resistir la carga, los batallones franceses se formaron en cuadro, pero los jinetes ingleses y alemanes siguieron avanzando sobre ellos a galope tendido, sin advertir que una ancha y profunda zanja, disimulada por la hierba seca y los matorrales que crecían en sus bordes, se interponía en su camino. La mayoría de los citados jinetes no lograron descubrir la trampa oportunamente y cayeron en ella en revuelta confusión. Los pocos que consiguieron salvarla o rodearla sucumbieron bajo el certero fuego de fusilería de los cuadros franceses o bajo los sables de la división de caballería del general Merlin, que cargó inmediatamente sobre ellos. Tan sólo unos pocos supervivientes lograron acogerse a las faldas de la sierra de Segurilla, buscando el amparo de los infantes españoles de la división Bassecourt.

Con este desastre de la caballería británica en el valle al norte del cerro de Medellín terminó prácticamente la lucha por esta parte; pues el resto de los jinetes aliados, escarmentados por el fracaso de la carga de la brigada Anson, no se atrevieron a repetir el intento. Y las tropas de Ruffin y Villatte, convencidas ya de que su maniobra

desbordante no había de obtener el éxito esperado, se retiraron a sus bases de partida.

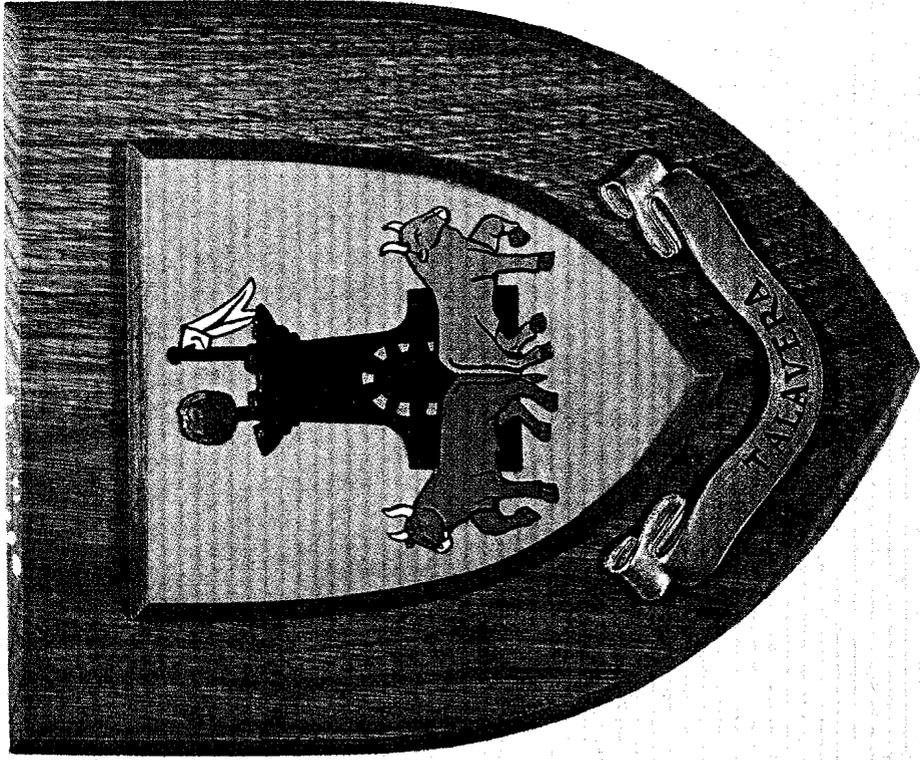
Este episodio señala también el final de la batalla de Talavera; pues aunque el mariscal Víctor deseaba realizar todavía un nuevo intento para forzar la posición aliada, utilizando para ello las reservas hasta entonces intactas de que disponía el rey José, éste, apoyado por el mariscal Jourdan, logró, al fin, imponer su criterio de suspender la batalla y retirarse tras la línea del Alberche. A tal efecto, las tropas de Sebastiani y de Dessolles, en unión de casi toda la caballería iniciaron su retroceso a última hora de la tarde. Pero Víctor permaneció todavía aferrado a sus posiciones del cerro de Cascajal hasta las tres de la mañana del 29 de julio, en que siguió la retirada del resto de su ejército.

Tal retirada se efectuó en buen orden y sin ser molestada por las tropas aliadas, que debilitadas por las grandes pérdidas sufridas, agotadas por el esfuerzo y escasos de víveres, no intentaron tan siquiera perseguir a los franceses.

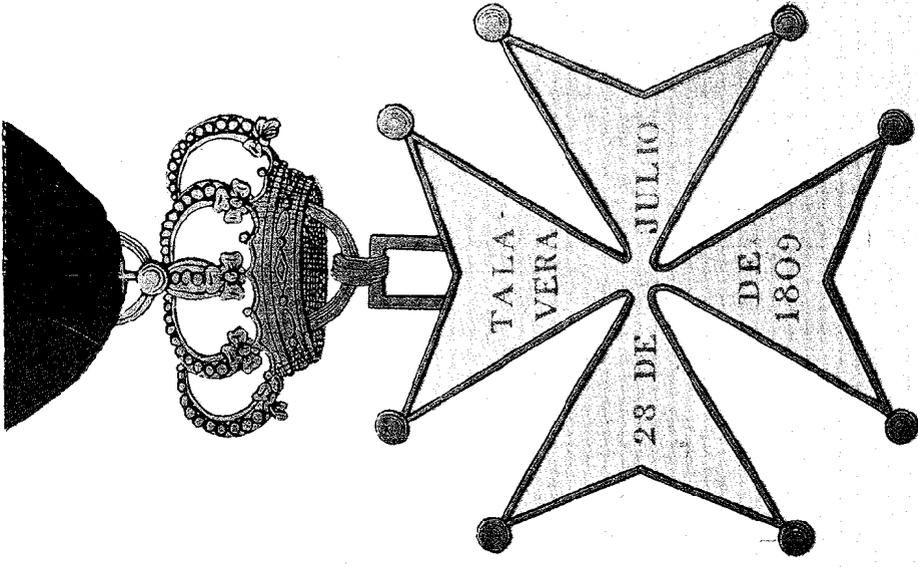
Consecuencias.

La batalla de Talavera constituyó sin duda un brillante éxito táctico de las tropas aliadas, especialmente de las británicas, que demostraron sus excelentes cualidades para el combate defensivo. Su artillería, aunque escasa, contrivió notablemente al éxito, contrabatiendo con eficacia a la superior artillería del enemigo. Ninguna de sus piezas fue desmontada por los cañones contrarios, y las bajas de su personal fueron relativamente moderadas; pues se redujeron a un oficial y siete soldados muertos, y un teniente coronel, dos capitanes y 22 soldados heridos, de la *Royal Artillery*, y tres muertos y treinta heridos, de la artillería del K. G. L. Wellesley, en su parte del 29 de julio a lord Castlereagh, destacó este excelente comportamiento de sus artilleros y felicitó por ello al brigadier-general Howorth.

Pero esta brillante victoria táctica no tuvo los resultados que se esperaban en el campo estratégico. Contribuyeron a ello diversas causas: En primer lugar, la falta de cooperación del ejército español de la Mancha, que permitió que, antes de la batalla, las tropas de Víctor fueron reforzadas por las de Sebastiani y el rey José. Después de la victoria lograda, las grandes pérdidas experimentadas por los ingleses, que ascendieron a 5.363 hombres (lo que representaba casi un 27 por 100 de sus efectivos), les impidieron perseguir al enemigo derrotado, que aún habiendo sufrido pérdidas superiores en absoluto (7.268), resultaban proporcionalmente inferiores (menos de un 16 por 100). Es verdad que, en cambio, las bajas de nuestro ejército de Extremadura fueron relativamente escasas: unos 1.200 hombres, según los partes del general Cuesta (incluyendo los disper-



Escudo heráldico de la 46ª Batería de Artillería Pesada de la Royal Artillery, que conserva así en la actualidad el recuerdo de su participación en la Batalla de Talavera.



Cruz de Distinción de Talavera concedida por la Real Orden de 8 de diciembre de 1810, a las unidades que tomaron parte en la Batalla de Talavera.

sos de la tarde del 27). De hecho, las tropas españolas tuvieron escasa intervención en la batalla; pero las pocas unidades que actuaron en ella (el regimiento de caballería del Rey, y las baterías asentadas en el pajar de Vergara y en el cerro de Medellín), lo hicieron con eficacia. De todos modos, nuestro ejército, compuesto en su mayor parte de unidades bisoñas, resultaba incapaz de realizar por sí solo la maniobra de persecución y acoso de las tropas enemigas derrotadas, que, se retiraban en buen orden, bajo la protección de una gran masa de caballería, en su mayor parte intacta.

Por esta razón, los vencedores hubieron de permanecer inactivos durante varios días en el campo de batalla de Talavera. Mientras tanto, la maniobra de la gran masa de tropas francesas reunidas en torno de Salamanca sobre la retaguardia aliada comenzaba a surtir su efecto. El 31 de julio, el cuerpo del Mariscal Mortier, seguido de cerca por los de Soult y Ney forzaba el Puerto de Baños, y el 1.º de agosto entraba en Plasencia. Con ello quedaba cortada la retirada directa de Wellesley sobre Zarza la Mayor y Castello Branco. Por ello el general británico decidió replegarse el 3 sobre Oropesa, y el 4 cruzó el Tajo por Puente del Arzobispo, en dirección de Badajoz y la frontera portuguesa. El ejército de Cuesta siguió de cerca la retirada de sus aliados, pasando también el Tajo del 6 al 8 por Puente del Arzobispo, no sin tener que reñir con los franceses algún combate de retaguardia.

La ambiciosa maniobra iniciada un mes antes por los ejércitos aliados con objeto de expulsar de Madrid a los franceses y obligarles a retirarse de nuevo a la línea del Ebro había fracasado por completo y no volvería a presentarse con éxito hasta cuatro años después con ocasión de la batalla de Vitoria (21 de junio de 1813).